



Foto: Enrique García Medina

Suplemento especial de **Página 12**

A 20 años de la crisis de 2001

Escriben: Eduardo Aliverti / Luciana Bertoia /
Luis Bruschtein / Mempo Giardinelli / Javier Lorca /
Karina Micheletto / Adriana Meyer / Eduardo Rinesi /
Sandra Russo / Sonia Tessa / Washington Uranga /
Mario Wainfeld / Sergio Wischñevsky / Felipe Yapur

Por Eduardo Rinesi *

El estremecimiento que produjo en nuestra vida colectiva la manifestación ciudadana del 19 y el 20 de diciembre de 2001 tuvo una envergadura que es difícil exagerar, tanto si se la mide por sus ostensibles efectos inmediatos como si se lo hace por sus frutos ulteriores de fuerte politización de nuestras relaciones: por la secuela, ampliamente democratizadora, de asambleas, reuniones, formas nuevas de habitar los parques y las plazas y las esquinas y los bares y las fábricas recuperadas de la ciudad y acaso de un puñado de ciudades del centro económico y político del país en los meses subsecuentes, y por el modo en que todo eso impactó sobre la dinámica política del país en los años que siguieron. Lo que quizás valga la pena volver a subrayar, en este vigésimo aniversario de esos acontecimientos, es lo difícil que en su momento resultó y que aún resulta pensar qué fue lo que pasó, exactamente, en esas dos jornadas tan intensas. O mejor: *pensar cómo pensar*, pensar con qué instrumentos conceptuales dar cuenta de lo que ocurrió en esos días y en los que siguieron. En relación con los sonoros hechos de mayo de 1968 en París, Michel de Certeau se preguntó una vez: ¿cómo pensar la conmoción cuando las categorías con las que pensamos forman parte de lo que se conmovió? Algo de eso ocurrió por aquí a fin de 2001, y es posible que sea justo por eso, justo a causa



de esa conmoción o ese derrumbe, no solo de un gobierno insensible, incompetente y conservador, sino de un cierto modo de pensar las cosas, que la propia “cosa” que aquí se trata de pensar se nos haya vuelto, todo a lo largo de estos años, tan inapresable.

Tal vez dos preguntas sean las que hayan recibido, a lo largo de estos veinte años, las respuestas más variadas y contrapuestas. La primera es la que busca determinar cómo deberíamos calificar esa manifestación de aquellos días de diciembre de 2001 que hoy recordamos. Hasta hoy las interpretaciones que se disputan la correcta intelección de ese fenómeno pueden dividirse entre las que lo califican como un hecho *político*, frente a la “antipolítica” de unas instituciones esclerosadas y de una actividad gubernamental colonizada por los intereses corporativos, las retóricas televisivas y las exigencias de los acreedores del país, y las que lo caracterizan (para celebrarlo o para condenarlo) como un hecho *antipolítico*, porque identifican la política (para condenarla o para celebrarla) con las instituciones cuyo funcionamiento esa manifestación buscaba cuestionar. El dilema, desde ya, no tiene salida, porque constituye una expresión de la contraposición entre dos maneras diferentes de entender *la política misma*, a la que una de esas interpretaciones identifica con el movimiento instituyente de nuevas situaciones en el mundo y la otra con el orden *instituido* que ese insolente movimiento viene a amenazar. Señalemos apenas el gran interés que tiene el esfuerzo de Camila Cuello por salir de este atolladero levantando, en su notable *¡Que se vayan todos!*, de reciente aparición, la idea diferente –y mejor– de que el carácter

político que en su opinión sí corresponde atribuir a aquel acontecimiento no está tan asociado a su capacidad disruptiva de un determinado orden instituido –o “policial”, como se decía entonces en la jerga bien reconocible de cierta zona de la filosofía política francesa– sino al modo en que en él un sujeto colectivo se manifestaba en el espacio público a través de la acción y de la palabra.

La otra pregunta frente a la que se multiplican las respuestas discordantes es precisamente la que busca saber *cuál fue* ese sujeto de lo que ocurrió esos días. Y por cierto que aquí tampoco es fácil encontrar grandes acuerdos. En primer lugar, porque si algunas interpretaciones del “acontecimiento” decembrino tienden a pensarlo como una manifestación de la vitalidad de un sujeto colectivo al que insisten en dar el nombre algo mitológico –aunque ciertamente no carente de interés– de “pueblo”, otras, sensibles a las primicias que traían en esos años las corrientes más renovadoras del pensamiento político europeo, preferían suponerlo una expresión de una menos homogénea y más seductora “multitud”. ¿Pero dónde quedaban, en esta empobrecedora querrela interpretativa, los preciosos párrafos en los que Raúl Scalabrini Ortiz y Ernesto “Che” Guevara nos enseñaron –antes de que lo hicieran las más sutiles teorías contemporáneas sobre el populismo– que el pueblo podía ser uno sin dejar de ser al mismo tiempo múltiple, “multifacetado”, policromo, plural? En segundo lugar, porque si algunas lecturas

de lo que había pasado querían imaginar una mágica unificación entre la causa de los trabajadores desocupados y la de los ahorristas “acorralados”, otras se obstinaban en hacer apenas a estos últimos, impacientes golpeadores de utensilios de sus cocinas de clase media, los dueños del sentido de una acción que estas interpretaciones veían calcada sobre el fondo del más convencional golpismo de décadas pasadas. Desde luego, las interpretaciones del sentido mismo del acontecimiento varían al compás de estas apuradas sociologías, que se equivocan por igual en su suposición de que el sujeto de una acción política puede precederla y explicarla, y no ser más bien él mismo el resultado de lo que esa acción despliega en su andadura.

¿Qué fue diciembre? *Todo eso*. Todo eso junto y formando un nudo de significaciones diversas *que solo las interpretaciones pueden,*

cada una a su manera, desenmarañar. Por eso, de lo que se trata es de prestar atención a los modos en los que las exégesis posteriores a los hechos consiguieron construir para ellos ciertos *sentidos* más bien que otros, ciertas “lecturas” más bien que otras que también eran posibles. Porque podría haber habido (mejor: porque *hubo*, aunque no tuvo la fortuna que en otras circunstancias, o en circunstancias juzgadas de distinto modo por los actores que actuaban en su seno, pudo haber tenido) una interpretación de derecha, neoliberal o lo que se quiera, de “lo que la gente reclamaba” en aquellas jornadas, y *hubo*, y fue hegemónica, *porque la política la volvió hegemónica*, una interpretación que recoge el tono de epopeya que tiende a primar en las reconstrucciones que circulan sobre ellas. No estoy diciendo que lo que haya sido diciembre dependa de lo que después se haya conseguido contar eficazmente sobre aquello; estoy diciendo que en diciembre convivieron todos los sentidos y todos los actores que hoy se disputan el derecho a proponer su particular lectura de los hechos, y que es por eso que diciembre es todavía un problema para nuestras luchas políticas presentes. De esas luchas, una de las que a este escriba le parecen más relevantes es la lucha por construir una democracia cada vez más democrática, es decir, más participativa, y en el camino hacia la construcción de esa democracia participativa tenemos todavía mucho que pensar y que aprender de las enseñanzas que nos dejan aquellas intensas jornadas de diciembre.

* Universidad Nacional de General Sarmiento.

Por Adriana Meyer

Martín Galli tenía 26 años el 20 de diciembre de 2001. No militaba pero venía de un hogar politizado. Sus padres eran delegados sindicales y habían enfrentado el ajuste menemista. Su tío Osvaldo Sánchez sobrevivió a la dictadura luego de estar secuestrado en el centro clandestino Mansión Seré, donde ayudó a escapar al deportista Claudio Tamburrini. A Galli le decían Tinta, estudiaba Letras y usaba rastas “porque a las chicas les gustaban”. En su barrio, San Justo, no había damnificados por el corralito, había hambre y desempleo. Tuvo dos hijos, ahora adolescentes, con una mujer con quien se encontraba en un bar, ella a corregir y él a estudiar. “Un día llegó y el mozo le dijo ‘viste el pibe, lo mató la policía’, pero ella leyó en la prensa que yo estaba vivo, me ubicó y nos reencontramos en abril de 2002, formamos una familia, todo muy rápido, como una pulsión de vida después de haber sobrevivido a todo lo que fue el 20”. Galli trabó una profunda amistad con quien lo salvó aquel día, Enrique “Toba” García, que dirigía un comedor comunitario en un asentamiento en Ezeiza. Al despertar luego de estar algunos días inconsciente, su hermano le dijo “tenés una bala en la cabeza y Duhalde es presidente”.

Paula Simonetti fue herida a pocos metros de él, en el Obelisco. Martín cuenta que habló con ella poco antes de encontrarse con **Página12**, sobre el fallo de Casación que dejó firmes las condenas a los funcionarios de la Alianza condenados en 2016. Ella hace infografías en el tradicional diario *Il Corriere della Sera* en Roma. Se pone mal con la exasperante lentitud y parcialidad de la justicia, pero pudo rehacer su vida. Ambos viven con plomo en sus cuerpos, Galli en su cabeza y Simonetti en su columna.

–¿La imagen de los caballos contra las Madres de Plaza de Mayo te hizo salir?

–Me había quedado con ganas de ir el 19. Era un precarizado, cobraba 250 pesos por mes, el aguinaldo en 12 cuotas, estudiaba Letras en el Joaquín V González, ahí se caían los techos, habíamos tomado el instituto. Me habían robado la moto que ponía para laburar, entonces con 26 años no tenía futuro. Hablé con dos amigos de Boedo, me vine de San Justo en tren hasta Once, que iba lleno de gente. Mi amigo Leo fue muy preciso cuando declaró en el juicio Los abogados de los policías le dijeron “¿usted cómo hizo para ver a esa hora, las siete de la tarde?”, y él les respondió que era el día previo al solsticio, por ende era el día más largo del año, es decir que había mucha luz.

–¿Cómo fue esa secuencia?

–Llegamos caminando a Congreso, luego supe que estaba mi vieja con sus compañeras de Suteba, y se volvían en los micros porque ya era todo un descontrol, por experiencia se dieron cuenta que estaba complicada la cosa. Seguimos hasta Plaza de Mayo, por Diagonal Norte, muy inocentes quisimos pasar. La Policía Montada nos corrió hasta el Obelisco, donde había mucha gente y también estaban reprimiendo. No llegué a cruzarme a mi mamá, pero seguro me hubiera dicho que me volviera. Cuando no llegué a casa mi viejo me dijo que él presentía que me había pasado algo malo.

–¿Cuando recibiste el disparo estaban frente al Edificio Del Plata?



Martín Galli recibió un tiro en la cabeza el 20 de diciembre de 2001

“Me daba culpa haber sobrevivido”

“Aparecieron dos autos y una camioneta, frenaron, bajaron armados con chaleco y empezaron a tirar. Fue un segundo, me levanté para escapar y caí herido”, cuenta Galli.

—Sí. Me acuerdo que los conserjes del hotel Intercontinental, todos vestidos con sus uniformes, salieron a traernos limones para ponernos en los ojos. Había gente de maletín y traje, y otra con bolsas de comprar el pan, Cavallo logró convocar a todos. Estábamos descansando sentados en el cordón, en 9 de Julio, entre Sarmiento y Perón, tomando agua. En un momento aparecieron dos autos y una camioneta del lado de Constitución, frenaron, bajaron armados con chaleco y empezaron a tirar. Fue un segundo, me levanté para escapar y caí herido. Después de eso no me acuerdo más,

lo demás me lo contaron. Hay imágenes, apareció el Toba que me contuvo la herida, me hizo RCP. (N.d.R. El Toba era un exmilitante del ERP que revivió dos veces a Galli antes de llegar al hospital Argerich.) Cayó un patrullero que nos quiso llevar a mí y a Alberto Márquez, que ya estaba muerto. La gente no los dejó, y empezaron a disparar. El Toba ligó un perdigonazo en la mochila. Tuve mucha suerte, apareció un taxista de la nada. El Toba me dijo ‘a mi hermana la mataron los milicos, por mí entró al ERP y se comprometió mucho; teníamos una cita envenenada, caí a

Leandro Teysseire



Martín Galli dice que a las víctimas de 2001 no los indemnizaron porque el Estado no se hace cargo de la masacre.

la casa y ya estaba rodeada, salvarte a vos fue como salvar a mi hermana’. Cuando le agradecía me contestaba que él me agradecía a mí por haberle permitido redimirse de esa manera.

—¿Sentiste culpa de sobreviviente?

—Conocí a Marta, la esposa de Márquez, que lo mataron detrás mío. Me preguntaba cómo estaba vivo con una bala en la cabeza, esa pregunta nunca tuvo respuesta así que me la dejé de hacer. Me daba culpa de haber sobrevivido y Alberto no. Hice terapia para entender que las cicatrices no se van, quedan a fuego. Pero uno puede hacer que no salga sangre. Me llevó mucho tiempo. Cosas que hice a los 40 las tendría que haber hecho a los 30. Tuve la dicha de formar una familia, pero en aquel momento no pude retomar los estudios, estaba pasado de rosca. La epilepsia me quedó como secuela, temía tener convulsiones mientras cuidaba a mi hijo, iba a trabajar y terminaba en el hospital, y revivía el momento del disparo. La vida se me puso en pausa, la internación, la silla de ruedas. De a poco se fue pasando, pude dejar la medicación. Pero recién hace poco me pude realizar. En la jefatura de la Biblioteca de La Boca hice proyectos, ganamos convocatorias, hubo viajes y me recibí en Bibliotecología. Más allá de la parte milagrosa de mi historia, hubo otra más interna, muy dura que duró muchos años.

—El juicio tardó 14 años y la condena otros 5 en quedar firme. Jamás hubo indemnizaciones. ¿El Estado está en deuda con ustedes?

—La verdad es que sí. En el juicio nos hostigaron, me

Al despertar luego de estar unos días inconsciente, su hermano le dijo “tenés una bala en la cabeza y Duhalde es presidente”.

llegaron a decir que iba a ir preso por falso testimonio. En su momento nos recibió Néstor (Kirchner) pero después no hubo un acompañamiento de la Cámara de Diputados al proyecto de ley de indemnizaciones. Lo que pasa es que en los considerandos del proyecto el Estado se hacía cargo de que había habido una represión desmedida, una masacre. Nunca lo iban a aprobar porque cuestionaba a la clase política. Esa ley era como defender el ‘que se vayan todos’. Hubo familiares que la hubieran necesitado.

—¿A tus hijos les decís que se cuiden de la policía?

—Sí, al menor, que está empezando a salir. Saben lo que pasó, pero como adolescentes son medio inconscientes. Tampoco quiero traumarlos, pero les digo que lleven documentos, que no salgan corriendo, porque sigue re pasando que los persigan.

—¿Qué pasó con toda aquella rabia de diciembre de 2001?

—Creo que la rabia social sigue estando, pero se canaliza votando a la ultraderecha. Mi rabia vuelve cuando escucho a los condenados en nuestro juicio decir en qué aspectos fueron afectadas sus vidas. Pero estoy con mis hijos, pongo un disco, trabajo en la Biblioteca, que me encanta, y se me pasa.

12
21 **La Iglesia y el Diálogo Argentino****Por Washington Uranga**

Para quienes vivieron aquellos días de diciembre del 2001 las imágenes se amontonan seguramente de manera desordenada: manifestaciones, acciones callejeras, saqueos, cacerolazos, represión y muerte. En la Capital, pero también en Córdoba, Mar del Plata, Mendoza, Neuquén, Paraná, Rosario. No fue una situación aislada. En esos días previos a las fiestas de fin de año lo que estalló fue la furia, el desconcierto y la desesperación de muchas personas que venían padeciendo graves situaciones de exclusión y que canalizaron la protesta de la manera que pudieron, sin organización que las contuviera, sin suficiente institucionalidad que las acogiera aunque hayan existido también espacios sindicales que se sumaron a la protesta. Alguien hablará también del vandalismo y del delito. Es verdad. Esa no fue la característica matriz. Pero ningún hecho se puede entender si a la par de la demanda desesperada y cristalizada en imágenes de violencia, no se analiza la gravedad de la crisis política e institucional, la ausencia de caminos y recursos para acoger, contener, comprender y dar respuestas.

Quienes hoy transitan años de juventud solo tienen referencias aisladas, probablemente imágenes sueltas o relatos fragmentados de aquellos episodios de la Argentina reciente. Aunque en la base de muchos de los problemas actuales persistan varias de las razones que generaron aquella coyuntura, ahora el escenario es otro, distintos los actores e incluso los mismos se han reconfigurado y ocupan posiciones diferentes. Tampoco sería posible com-



El obispo Jorge Casaretto junto a Luis D'Elia y Víctor De Gennaro en una reunión del Diálogo Argentino en enero de 2002.

prender lo que sucedió en aquellos días sin recuperar la memoria histórica. En primera lugar los tristes días de la dictadura cívico-militar que nos asoló desde 1976 con todas las consecuencias que se prologaron en el tiempo. Pero también los fracasos posteriores de “la política” para revertir aquella situación y que tuvo en los gobiernos de Carlos Menem (1989-99) y Fernando de la Rúa (1999-2001) sus concreciones más perjudiciales para la ciudadanía, especialmente para los sectores populares.

Aunque no es posible hacer una equivalencia perfecta –y no serviría actualmente como categoría analítica– para ayudar a la comprensión de quienes no vivieron aquellos días aciagos, “la grieta” a la que hoy se suele hacer referencia, tiene al mismo tiempo raíces en esos días del 2001.

Pero fueron también tiempos de renovada participación. “Diciembre de 2001 representó un momento de intensa participación política en todo el país y se revalorizaron nuevas formas de organización social: los nuevos movimientos sindicales y de trabajadores desocupados que habían surgido en los años noventa, las fábricas recuperadas, las organizaciones sociales, los colectivos culturales y de comunicación. Luego, nacieron asambleas barriales y otras nuevas formas de organización política, económica, social y cultural”, describieron Manuel Barrientos y Walter Isaías en su libro *2001. Relatos de la crisis que cambió la Argentina* (Editora Patria Grande) que diez años después

de esos acontecimientos recogió interpretaciones, análisis, debates y vivencias de un número importante de quienes protagonizaron aquellos hechos.

La consigna “que se vayan todos” se convirtió en un grito que transversalizó las protestas más allá de las banderías y los posicionamientos ideológicos. Era la expresión del repudio a la institucionalidad política y a sus representantes. De alguna forma también expresó el rechazo a la democracia que no había logrado respuestas para satisfacer la calidad de vida de las personas.

En mayo de 2001, los obispos católicos reunidos en asamblea plenaria, habían llamado la atención sobre “la sensación generalizada de abatimiento y desilusión” que afectaba a la población reclamando reacción de la dirigencia política y convocando a la ciudadanía a buscar soluciones creativas desde “la familia (...), el barrio, el municipio, el trabajo y la profesión”.

En diciembre y ya frente a la inminencia de la crisis, el representante residente de Naciones Unidas en la Argentina, el español Carmelo Angulo, que mantenía relación con las autoridades eclesásticas con la directa cooperación del periodista José Ignacio López –exvocero de Raúl Alfonsín–, le acercó una propuesta al gobierno del presidente de la Rúa a través de su jefe de Gabinete, Chrystian Colombo. Consistió en el armado de una gran mesa de concertación con amplia participación y con la finalidad de elaborar un “Plan nacional de emergencia”.

El 19 de diciembre de 2001, con la crisis en marcha, la sede de Cáritas en Buenos Aires, sobre la calle Balcarce, a 200 metros de la Casa Rosada, fue el punto de encuentro de representantes del gobierno, sindicalistas, banqueros, empresarios, políticos y representantes de la sociedad civil bajo la coordinación y facilitación del obispo Jorge Casaretto. ¿El propósito? La búsqueda de consensos y la elaboración de políticas sociales que hicieran frente a la crisis. A lo largo del proceso serían convocadas más de trescientas entidades de diverso tipo. Un documento de la secretaria técnica del Diálogo Argentino consignaba entonces que “la Iglesia se ofreció como ámbito espiritual animador del ejercicio para rehacer los vínculos sociales de los argentinos, mientras el PNUD contribuiría con su experiencia y capacidad técnica y profesional en la organización, gestión, análisis y logística”.

En paralelo, por otra senda institucional y luego de la renuncia de Fernando de la Rúa a la presidencia, se sucedieron los mandatarios hasta que Eduardo Duhalde se hizo cargo del Ejecutivo del 2 de enero de 2002.

En primera instancia, Duhalde también apostó al Diálogo Argentino como una herramienta posible para la concertación y la búsqueda de alternativas. Pero no solo había que generar ideas de políticas públicas con perfil social y atendiendo a las urgencias, sino que era preciso edificar condiciones e instancias de diálogo y construcción colectiva entre actores muy disímiles, muchos de ellos afectados por la gravedad de la crisis y otros alineados con los causantes de la misma.

El proceso se agotó después de muchos esfuerzos a lo largo del 2002. La jerarquía católica aspiraba a que el entonces presidente respaldara de manera clara y concisa las llamadas “bases” elaboradas a partir de los intercambios. Duhalde no logró apoyo político suficiente para ello. Entre los logros, además de amortiguar el impacto de la crisis, surgió el Plan Jefes y Jefas de Hogar que, años más tarde, daría pie a la Asignación Universal por Hijo (AUH).

Fue un aporte para salir de la crisis. Pero, como bien lo señaló tiempo después la economista Cristina Calvo, quien fuera directora nacional de Cáritas y en esa calidad integrante del triunvirato que coordinó el Diálogo Argentino, “pareciera que con el crecimiento económico se solucionan los problemas, pero la reconstrucción de la institucionalidad democrática y la inclusión social siguen pendientes”. Hasta hoy.

wuranga@pagina12.com.ar

Por Karina Micheletto

Entre las muchas postales que quedaron guardadas en la memoria colectiva de aquellos días aciagos alrededor de 2001, una se recorta en un inquietante segundo plano, como una presencia incómoda, para algunos amenazante y hasta “invasora”, según se comprueba en los registros de época. El tren blanco o tren cartonero se instaló en los años sucesivos como un emergente visible de aquella crisis brutal. Y aunque el cartoneo como forma de vida ya existía en la Argentina, fue entonces que miles y miles de nuevos desocupados salieron a las calles con sus carritos, a juntar plásticos y cartón. Tras el estallido del 1 a 1, reciclar además se volvió rentable para las empresas, y por lo tanto se abrió un mercado para esa actividad. De allí al potente desarrollo de un movimiento cartonero que se organizó en cooperativas, logró instalarse como actor central del reciclaje urbano en la Ciudad de Buenos Aires, que hoy tiene representantes en puestos legislativos y de gestión, y que presentó una ley como la de Envases con Inclusión Social, que recoge sus demandas, aparece una trayectoria que tiene mucho que ver con los modos de lucha gestados desde 2001. Y con aquel tren que, paradójicamente, unió a los cartoneros en la pelea para que no lo den de baja, y luego los hizo avanzar cuando fue reemplazado por otra forma de organización del trabajo.

Como hormigas

Los vagones de rezago, los más antiguos y estropeados, sin luces ni asientos, fueron los que se pusieron en circulación hace veinte años en formaciones especiales para transportar a miles de hombres y mujeres desde diversos puntos del conurbano, con un recorrido que sólo admitía algunas paradas. “Primero era Belgrano R, Lisandro de la Torre. Pero la gente empezó a ser cada vez más, y más. Yo me acuerdo que mirabas y eran como hormigas. Y cada vez con los carros más grandes”, rememora Marcelo “Bombín” Ibarra, flamante concejal de Escobar por el Movimiento Evita, y director de Economía Popular del municipio. “Así que se empezaron a abrir otras paradas para el cartoneo: Olivos, Martínez. Porque en Capital ya era imposible juntar para todos”, evoca.

“Siempre digo que empezé ahí mi vida de piquetero. Porque de repente tirábamos los carros a las vías para pedir por más vagones, si en un momento era impresionante la cantidad que éramos. Si antes veníamos unos pocos, más para juntar cosas para la reventa, con el cartón ya se transformó en algo muy masivo. Y además había hambre, mucha. Los que veníamos de antes conocíamos todos los recovecos en Capital. Y es feo lo que le voy a decir, pero nosotros le enseñamos a los nuevos compañeros a comer de la basura. Es duro, pero es la realidad: la calle nos dio de comer y nosotros sabíamos dónde había cosas en buen estado”, se emociona. Y recuerda que “2001 fue bravo, bravo. Porque si antes las panaderías te daban las bolsas de factura que les sobraban, de repente daban numerito para repartir un poquito de pan y alguna factura a cada uno. Fue muy duro”.

Bombín ubica en aquellas primeras divisiones acordadas de los barrios de la ciudad y de provincia “para que haya para todos”, en las ranchadas esperando el tren de regreso de madrugada, en los “piquetes de ca-



El movimiento que surgió hace veinte años y hoy llegó a tener representantes legislativos y en cargos de gestión

El Tren Blanco cartonero, la otra postal de 2001

Con el estallido del 1 a 1, reciclar se volvió rentable para las empresas y miles de desocupados se volcaron a las calles con sus carritos. Del estigma a la valoración de un trabajo que ahora se enlaza con la concientización ambiental.

ros” para exigir mejores condiciones, y sobre todo en la lucha que dieron cuando se anunció que se cerraría el tren blanco, en 2007, el germen de la organización cartonera. “Siempre fuimos muy solidarios y organizados entre nosotros. Así también logramos que nos pongan una boca de venta en Victoria, para que los que venían de más lejos pudieran alivianarse un poco al regreso. Porque había gente que ahí tomaba otro tren hasta Garín, General Savio, ¡hasta desde Capilla del Señor venían! Con esa gente nos supimos organizar para pasarla un poquito menos mal”, sintetiza.

Las mismas historias

También Susana Izaguirre, actual presidenta de la cooperativa Las Mardeselvas, recuerda aquellos tiempos de 2001 como críticos; el cartoneo a los 17 años con su hijo recién nacido, sus padres y sus hermanos; las veinte cuadras caminando hasta la estación de Garín, de allí el trasbordo en Victoria, la llegada a Capital. El pasaje de “salir a pedir”, con un carrito de mano y acopio circunstancial en la propia casa y vendiendo los sábados en el depósito, a un carro más grande y pesado y una actividad pautada y diaria.

No son buenos ni edulcorados los recuerdos que tiene Susana de aquel 2001 cartoneando. Las horas heladas de madrugada esperando el tren blanco. El acoso de la policía, la denuncia de vecinos que “lo único que querían era que no les afeemos la vereda, de solo estar”. El mal trato por “el aspecto”, la suciedad en los cuerpos que generaba el trabajo entre la

basura. La pérdida de un embarazo a término por transitarlo haciendo fuerza tirando del carro. “Capaz otros tenían más suerte, pero para mí la solidaridad de la gente fue buscar una aguja en un pajar. No me tocó. En cambio sí fuimos muy solidarios entre los compañeros. Eso sí, siempre”, asegura quien hoy está al frente de una de las doce cooperativas que tienen a su cargo la gestión de residuos sólidos en la Ciudad, integrada por unos 600 recuperadores, con un centro verde propio en Núñez, camiones propios y diversos programas sociales.

Susana menciona la Ley 992, de 2002, que incorpora a los cartoneros y cartoneras al Servicio Público de Higiene Urbana de la CABA, como el primer gran logro

de esta lucha colectiva. “A partir de esa ley pudimos caminar la calle tranquilos con nuestros carros”, sintetiza el logro concreto y simbólico. Y luego la Ley 1854, conocida como “basura cero”, que ubica a las cooperativas de recicladores y a la economía social como actores centrales del tratamiento de la basura en la ciudad. En el medio, el gigantesco acampe cartonero que hicieron para pedir que no saquen el tren blanco. Luego, la inclusión de la perspectiva de género en la promoción ambiental. El listado podría seguir hasta la reciente presentación del proyecto de Ley de Envases con Inclusión Social, que no logró ser tratado este año en el Congreso, pero que abre una disputa concreta a futuro.

“Esa ley tiene que salir porque es inhumano lo que está pasando en las provincias, es inhumano que hoy haya compañeros trabajando en los 5000 basurales a cielo abierto que existen. Esos compañeros hoy están igual o peor que estuvimos nosotros hace veinte años. Si me pongo a pensar, las historias son las mismas. La salida también tiene que ser la misma, y esa salida es colectiva”, se planta Susana.

1000 por ciento

El investigador del Conicet Pablo Schamber, miembro de la Red de Investigación y Acción sobre Residuos (Riar), ubica en la devaluación posterior al 1 a 1 el surgimiento de una industria que incorpora al cartoneo como actividad económica. “Las razones por las que la industria recicla no son ecológicas, son económicas. Mientras 1 dólar valga 1 peso, les salía barato usar material virgen. Cuando se sale de la convertibilidad, aparece la demanda del insumo reciclable local”, explica. Como todo alrededor de esos años, el proceso fue con forma de estallido: el antropólogo tiene registros de depósitos de Lomas de Zamora donde en menos de un mes el cartón aumentó de 5 a 50 centavos: un 1000 por ciento.

Schamber repasa que la estigmatización convivía en la época con una valoración positiva sobre estas personas, que pasaban a ser “trabajadores”:

“Hay una encuesta de la consultora de Hugo Haime que registra que los cartoneros tenían muy buena imagen en aquel contexto de ‘la Argentina solidaria’, las asambleas, ollas populares, el ‘todos somos maestros’, etc. La lectura era: ‘esta gente está intentando un trabajo, genera una actividad que no daña a nadie, se está esforzando. Hay una mirada contemplativa y valorativa’, analiza el autor de *De los desechos a las mercancías. Radiografía de los cartoneros de Buenos Aires*.

“Por la patria cartonera y por la lucha de los pobres”, acaba de jurar la referente del Movimiento de Trabajadores Excluidos Natalia Zaracho al asumir como “primera diputada cartonera”. Ella recuerda que empezó a cartonear en 2001, siendo una niña de 12 años que tuvo que dejar la escuela, junto a su mamá y sus hermanos. Recuerda clarito la vergüenza que sentía. Y hoy jura en el Congreso de la Nación como “orgullosa cartonera”.



El Tren Blanco se armó con los vagones más antiguos y estropeados, sin luces ni asientos.

Bernardino Avila

OPINION

Todo lo contrario de un estallido**Por Javier Lorca**

Cruzar la 9 de Julio parecía una proeza. Pasado el mediodía del 20 de diciembre de 2001, ir de Cerrito a Carlos Pellegrini era como ir de una trinchera a otra. Había que evitar a los policías, sus bastones y sus motos, los gases, las balas de goma y (después se supo) de plomo... También había que evitar las pedradas que les apuntaban a ellos. El estallido social, entonces el último de una larga serie que venía recorriendo el país, había comenzado la noche anterior.

¿Estallido? La metáfora de la bomba que explota es confusa e inexacta, equívoca. Sugiere la existencia pre-



via de una unidad que sufre una violenta dispersión y se convierte en fragmentos, esquirlas descontroladas y destructivas. Claro que hubo un estallido, pero eso fue mucho antes, fue un proceso paulatino, la agonía de una comunidad desmembrada. Diciembre de 2001 es casi todo lo contrario de un estallido: es la violenta reunión de esos fragmentos dispersos que, de pronto, vuelven a encontrarse juntos, a confluir en un horizonte común. Diciembre de 2001 es el fognazo con que sectores medios y populares volvieron a unirse en una comunidad, a construirse para rebelarse.

“Cuando el ‘orden’ (el Leviatán) lleva a estados de caos, explotación, enfrentamientos y muertes, es el momento de la suspensión del estado ciudadano: es el momento de la política de calles —escribió la socióloga Norma Giarracca—. Paradójicamente, la violencia entre pares cesa y el que suele mostrar su rostro más siniestro es el Estado.” Así fue ese jueves 20, como tantas veces en la historia argentina: el Leviatán, cuya razón de ser justamente es, se supone, evitar la violencia entre las personas, puso a trabajar a sus fuerzas de “seguridad” para lastimar y matar.

Sobre Diagonal Norte, rumbo a la Plaza de Mayo, el miedo corría con la euforia. Se oían gritos y es-

truenos. Los semáforos parpadeaban sus colores con ritmo maquinal, pero habían perdido su sentido, nadie los miraba. En el suelo, contra el cordón de la vereda, algo brillaba estático al sol. Era un cartucho de aluminio de casi veinte centímetros de largo, con cinco perforaciones en cada lado, tres bandas azules en la punta y una leyenda: “Largo alcance-Candela-CS”. Las últimas letras confirmaban lo que había sido su contenido: clorobenzilideno malononitrilo, gas lacrimógeno. La policía lo había disparado minutos antes. El impacto lo había deformado y había perdido su base, donde debía constar su origen: seguramente “FM-Pilar”, es decir, Fábrica Militar-Pilar, una de las unidades productivas de la Dirección Nacional de Fabricaciones Militares inauguradas en los años 40 y desguazadas (como esa comunidad estallada) en los 90.

Lo que no había perdido el cartucho era la impresión de su fecha de caducidad: “vence oct. 83”. Tampoco había perdido su capacidad de hacer daño, quizá incluso se había incrementado por el transcurso del tiempo. Aun vacío, de su interior emanaba toxicidad (todavía hoy lo hace). El símbolo es difícil de ob-

viar: por supuesto que las democracias también fabrican armas, pero ese artefacto había sido fabricado durante la dictadura y, dos décadas más tarde, había encontrado la oportunidad de estallar para cumplir su demorada función y, de paso, mostrar la pervivencia del legado del Estado terrorista. Como esas bombas de antiguas guerras que nunca explotaron y, hundidas o enterradas, tienen en suspenso a sus víctimas, a las que un día de estos van a matar o mutilar.



Pablo Piovano

Por Felipe Yapur

Las jornadas de aquellos aciagos días de diciembre de 2001 dentro del Congreso eran extensas, extenuantes y en ese momento, infructuosas para las clases medias y bajas que eran las principales perjudicadas por las políticas que implementaba aquel rotundo fracaso conocido como Alianza y que conducía Fernando de la Rúa. Las gruesas paredes del Congreso resultaban eficaces para aquellos que no querían escuchar las protestas diarias frente a los bancos y los saqueos a comercios por parte de los que ya no tenían nada para comer. Ese panorama crecía en las calles de la Capital Federal y el conurbano, pero se distribuía sin solución de continuidad por todo el país. Es por eso que no resultó extraño que el edificio del Congreso de la Nación y su alrededores, sobre todo luego de la implementación del estado de sitio, fuera uno de los objetivos de repudio de la mayor protesta social que se produjo en lo que va del siglo XXI. Pero también el escenario para la salida institucional del país. Aquí, algunas pequeñas historias de esos días históricos.

La primera noche

Aquel 19 de diciembre de 2001, tanto diputados como senadores habían sesionado buscando descomprimir la tensión. Para eso aprobaron la derogación de los súper poderes y la libre disponibilidad de salarios y haberes jubilatorios. Estaba entre los papeles el decreto presidencial que implementaba por 30 días el estado

La mayoría de los periodistas

usábamos saco y corbata, así que de lejos y en la penumbra éramos lo más parecido a un legislador, el enemigo de esos días.

de sitio, la única salida que se le ocurrió a un hiperdevaluado De la Rúa para frenar los saqueos y las protestas. Los cabildos entre senadores y diputados fueron tantos que no llegaron a debatir este decreto. A esa altura las calles ya hervían. Era el detonante que llevaría a De la Rúa a renunciar. Los canales transmitían las imágenes de esa marea humana que llegaba al Congreso desde la avenida Callao, se estacionaba por un momento frente al Parlamento para luego dirigirse a Plaza de Mayo. A esa hora no se hacía mucho distinguo entre peronistas, radicales, frepasistas y los representantes de partidos provinciales.

Cuando la sesión del Senado había pasado a cuarto intermedio, un grupo de periodistas acreditados en el Congreso mantuvimos una reunión con el entonces presidente del bloque del PJ, el sanjuanino José Luis Gioja. La charla, realizada en el despacho que tiene en el primer piso, se detuvo porque era cada vez más fuerte el rumor que venía desde la calle. La oficina tiene un balcón que da hacia la plaza y por eso varios de los periodistas salimos a ver lo que ocurría. El paisaje era impresionante. Miles de miles de personas caminaban, ha-



El Congreso, adentro y afuera, fue también escenario de aquella crisis

Pequeñas historias de esos días

El recuerdo de un periodista acreditado en el Congreso. Los ahorristas enojados, los diputados que se escondían. La rosca, la bronca.

cían repiquetear sus cacerolas, batían palmas, protestaban y, sobre todo, puteaban: al gobierno, al Congreso, a los diputados y senadores. Era de noche, en ese momento me suena el celular, era Nora Veiras desde la redacción y le cuento lo impresionante que era lo que veía y escuchaba que voceaba aquella multitud. Entonces le relato: “Gritan, putean mucho y dicen hijos de puta...”, le digo y presto más atención a los manifestantes, me doy cuenta y le advierto: “¡Nora! Me dicen hijo de puta”. No era para menos, en ese tiempo la mayoría de los periodistas usábamos saco y corbata así que de lejos y en la penumbra éramos lo más parecido a un legislador, el enemigo de esos días.

Voy a ser candidato

Con De la Rúa renunciado había que definir quién y cuánto tiempo gobernaría. En un principio el entonces peronista Ramón Puerta se hizo cargo del Ejecutivo al ser el presidente provisional del Senado. La primera idea era designar un presidente de transición que llame a elecciones en pocos meses más y, preferiblemente, debía ser un gobernador. A pesar de la crisis, ese nombre apareció rápido: Adolfo Rodríguez Saá. El segundo tema de discusión, algo más difícil de resolver, era cómo se definía la candidatura del PJ sin pasar por internas. La alternativa era ley de lemas que no existe para la elección

presidencial. A pesar de que no había una resolución a este inconveniente, el PJ ya tenía aspirantes: Carlos Ruckauf con José Manuel de la Sota, Puerta con Adolfo Rodríguez Saá, Carlos Reutemann era otro.

Cuando finalmente se acordó que Rodríguez Saá se encargaría del gobierno, el anuncio se realizó en el salón Gris del Senado. Uno a uno los senadores fueron saliendo junto a los gobernadores que habían participado del acuerdo. Entre ellos estaba Néstor Kirchner, que había sido reelecto por segunda vez en Santa Cruz en 1999. Mientras los legisladores y gobernadores se acomodaban para dar el anuncio, el santacruceño se salió de allí y se acercó a un grupo de periodistas. Saludó con afecto y dijo sin levantar el tono de voz: “Voy a ser candidato a Presidente”.

El certificado

De la Rúa ya había caído y todos los días en la puerta de ingreso a la Cámara de Diputados había un grupo de personas perjudicadas por las políticas de la Alianza protestando, buscando a algún diputado. Fue en ese preciso instante que junto a otro periodista intentamos ingresar. Uno de los manifestantes me confrontó. Muy nervioso, me preguntó quién era y a qué partido pertenecía. Entendí que me confundía con un diputado y le dije que era un periodista. No me creyó, insistió. Repetí mi respuesta. Se acercó, puso su cara muy cerca de la mía y me dijo: “Muestra-me tu car-net”. Lo miré y le respondí sin pensar: “Antes quiero ver tu certificado de plazo fijo”. El hombre se sorprendió y puso cara de sorprendido, como si se diera

cuenta de lo absurda que era la escena, y se dio vuelta. Los que estaban con él también se dieron vuelta, se alejaron unos pasos y volvieron a protestar.

El velocista

El entonces diputado de Acción por la República Franco Caviglia vivía por aquellos días frente al Congreso y estaba regresando a su casa cuando un grupo de ahorristas lo reconoció. No hubo diálogo y Caviglia tampoco dudó. Giró sobre sus talones y corrió, corrió con toda la energía posible para entrar como un suspiro al bar de la esquina de avenida Rivadavia y Riobamba. Fue una sombra que pasó y se metió en la cocina del bar. Los mozos tardaron en reconocerlo, pero cuando lo hicieron salieron en su defensa al impedir que los protestantes llegaran a la cocina. El diputado estuvo allí, guarecido por varias horas hasta que no hubo más moros en la costa.

Hubo cientos de historias que se generaron alrededor de aquel grito sonoro “Piquete y cacerolas, la lucha es una sola”, una frase que le dio magnitud a una crisis que, como pocas veces, unificó la protesta de un amplio abanico social en el país.



Pablo Piovano

OPINION

La resistencia cultural**Por Mempo Giardinelli**

Desde el pequeño escritorio del departamento que alquilaba en pleno centro de esta ciudad de Resistencia, entre enojado y lloroso, me refugiaba en la literatura para soportar el desastre: mi país se diluía; la vida colectiva era como arena entre las manos de un monstruo perverso.

La visión de mundo que los hispanoamericanos veníamos teniendo en las últimas décadas, y casi diría en todo el Siglo XX, estuvo gobernada en gran medida por el intercambio de personas y de ideas, de obras y conflictos. Esos sentimientos, proyectos e historias, comunes o compartibles, determinaron nuestra manera de ver las cosas y también fueron fundamentales para la cultura latinoamericana y no sólo en la literatu-

por Videla y Massera germinaran en los frutos menemistas llamados impunidad, doble discurso, inequidad e indolencia.

Era imposible, y absurdo, desmentir aquel escepticismo cuando todo en derredor ratificaba y validaba el desastre. Tras una década de carnaval menemista y cuatro años de recesión, los últimos dos meses del año 2001 fueron un terremoto para los 36 millones que éramos y nos debatíamos, día a día, entre la furia, la desesperación y la necesidad de sobrevivir.

El mejor camino, para muchos, era la nueva diáspora. A las puertas de los consulados había colas interminables de gentes que querían irse, corridas por la nueva pobreza, la rabia y la angustia. En todas esas colas había cineastas, actores y actrices, periodistas, académicos, músicos y gente de letras. La sangría aumentaba por el

cierre de industrias y los pocos empleos, y por la rabia de que los ahorros fueran robados impunemente por el “bancoterrorismo” y la desprotección de un Estado que era un ausente, apenas un instrumento de vulgares sirvientes de bancos y empresas privatizadas. Prácticamente todo el sistema cultural nacional (concentrado en altísimo porcentaje en la Ciudad de Buenos Aires) estaba paralizado. Y la defensa de la cultura estaba en manos de los pocos que entonces tenían internet en sus casas y organizaban heroicas, conmovedoras cadenas de denuncia y solidaridad.

Cada mañana, ante mi ordenador, escuchaba los bombos de los manifestantes y las sirenas policiales en la plaza principal, a dos cuadras. Ver la tele y sumirse en la desgarradora realidad era todo uno. Escribir, crear, pensar, se tornaban quimeras porque había que estar demasiado chiflado, o ser un cretino insensible, para sumergirse en las indagaciones de la creación. Como le pasaba a muchos: Miguel Pereira, el cineasta de *La deuda interna* me contaba desde Jujuy que ya no podía filmar y se iba a Barcelona. Julio Rudman desesperaba en Mendoza. La enorme Graciela Cabal nos sostenía con su mágica fuerza. Héctor Timerman nos urgía a que intentásemos respuestas dignas en lugar de responder a la avalancha de necedades de la rebatiña menemista, y así creamos un foro de resistencia que se llamó y sigue siendo “El Manifiesto Argentino” y que integrábamos con Angélica Gorodischer desde Rosario, Graciela Bialet desde Córdoba y una veintena de intelectuales de todo el país y algunos ya radicados en el extranjero.

Jamás he visto ni vivido algo igual. Ni durante la dictadura, cuando por lo menos teníamos la convicción de que la lucha era noble, el futuro estaba en nuestras manos y teníamos, además, la ilusión de la victoria sobre las Juntas asesinas.

En ese ahora, sólo sentía deseos de llorar. Y entonces me enfurecía conmigo y salía a resistir participando de marchas y protestas, para después, cada noche, inexorablemente, sentir que se derrumban los ladrillitos de mi esperanza. No quería irme otra vez del país aunque ya era tan difícil vivir aquí. Y además, me decía cada noche, muchos algunos debemos quedarnos a sostener las vigas de los techos. Y de lo que más íntimamente estaba convencido era de que no quería escribir el texto que redactaba. Por eso en medio de la catástrofe me abstenia de escribir una sola línea depresiva, nada que convocara al desánimo. Y para este diario escribía como prueba de resistencia cultural, que es siempre un deber cívico y artístico. La resistencia cultural es el único texto noble y decente –escritura de vida y escritura debida– que se podía escribir en aquella Argentina.

Tres meses después, en Marzo de 2002, publiqué *Diatriba por la Patria. Apuntes sobre la disolución de la Argentina*. En 300 páginas, ese libro trazaba un recorrido por las últimas décadas de nuestra historia, desde la dictadura hasta el menemismo y la Alianza, los días caóticos de De la Rúa, los cacerolazos, las nuevas formas de violencia, el corralito, el autoexilio y la destrucción de la esperanza. Lejos de los siglos de oro, rodeado de sombras y tantas veces en la incertidumbre, yo me aferraba a que éramos mayoría quienes no nos entregábamos. Abollados y maltrechos, sí, pero tenaces y todavía de pie. Y terminaba, con quizás penosa y chiquita soberbia, que lo afirmaba y firmaba desde mi ciudad de nombre emblemático.



Ana D'Angelo

Fila en la Embajada de España en marzo de 2002.

ra; también en el cine, el teatro, las artes plásticas, la música y la danza, en todos los campos esa común visión de mundo constituyó nuestra cultura continental: plural, diversa y magnífica. Ésa que de pronto estaba en emergencia grave porque agonizaba. Y no era metáfora ni exageración: la cultura en la Argentina estaba siendo rematada como nunca antes, y aunque resistían con denuedo, nuestro teatro, nuestro cine, nuestras editoriales, nuestra cultura estaban desapareciendo.

La ferocidad del modelo neoliberal había chupado la sangre de por lo menos dos generaciones y corrompido a este país hasta el tuétano. Y así destruía la otrora culta clase media y sumía en el analfabetismo funcional a grandes masas proletarias, y colocaba a esta sociedad hasta hacía poco orgullosa y engreída en un peligrosísimo estado de caos y anarquía. Era el resultado de 18 años de democracia blandita y genuflexa en la que se permitió que las semillas venenosas sembradas



OPINION

El peso que nunca fue un dólarPor **Sandra Russo**

Se venía venir. Los meses anteriores lo preanunciaban, pero los signos que estaban en el aire no eran leídos por la mayoría. En parte explica muy bien ese aturdimiento Naomi Klein en *La doctrina del shock*.

(Es un libro, a propósito, que se puede visitar, sobre todo y precisamente porque captó ya en aquella anterior arremetida feroz del neoliberalismo, la idea del aturdimiento colectivo que la fase que atravesamos ahora no hizo más que refinar hasta el extremo y por otros medios: la concentración de medios y su alianza con los nuevos actores financieros, entre ellos los poderosos dueños del mundo digital, trabajan frenéticamente para aturdir y alienar sobre todo a los sectores que en todo el mundo hoy sostienen a la extrema derecha.

El aturdimiento tiene muchos usos. Entre ellos, es una herramienta clave para volver al ataque ya decididos a la

mento de la desnudez, el efecto cesó-

De la fiebre por los viajes a Miami y gente regresando con exceso de equipaje y enormes cajas de televisores de 1000 pulgadas y pieles bronceadas que daban efecto de placer, del dólar asimilado como moneda propia hasta para pagar golosinas en un kiosco y la increíble sensación de bienestar que le daba a mucha gente tener, vender, comprar dólares hasta en la farmacia, en unos meses pasamos a esa noticia que nadie entendía porque era de locos. Así lo dijo Susana Giménez cuando salió al aire después de que Cavallo anunciara que a partir de ese momento sólo de podrían retirar de los cajeros 250 pesos semanales. "Es de locos", dijo la sacerdotisa del dólar, no pensando obviamente en el perjuicio colectivo sino en ella misma, porque apenas fue anunciada la medida no había excepciones que después hubo. Los castigados serían los pequeños ahorristas. Los grandes no.

Esa medida que fue tomada para pagar la mentira de un peso un dólar terminó en el sonido ambiente de los que hoy son macristas –que también es una forma de cavallismo– eligen olvidar: fue un brutal recorte de libertad financiera para toda la población. Y fue una fiesta para los timberos, bancos y buitres. Nadie podía disponer libremente de su propio dinero. Sus ahorros habían sido tomados por el Estado para cubrir las estafas a la población que fueron el megacanje y el blindaje, delitos que el poder judicial argentino dejó prescribir, claro.

Pero esto pasaba con los que tenían ahorros. Millones no tenían ni ahorros ni un peso ni un dólar ni comida ni trabajo ni futuro ni dónde curarse ni dónde educarse ni dónde caerse muertos. Era el pueblo raso, oscuro, no entrevistado, no relevado, no visitado por la televisión. Mientras los ahorristas se volvían locos de ira golpeando las vallas que rodeaban los bancos, otros comenzaron a ver en la basura una vía de supervivencia, y el hambre era tanta y la desesperación era tan grande y el Estado estaba tan presente en el saqueo y tan ausente en daños

provocados, que hubo unos meses que muchos vecinos de esta ciudad que después se puso facha sacaban la basura y dejaban al lado una bolsita limpia con un par de huevos duros. Los pibes se morían de hambre.

Aquellos dos días de diciembre de 2001 empezaron con noticias de saqueos y víctimas pobres, como el chino del que nos acordamos, llorando porque le habían robado todo. El pobre contra pobre estaba incrustado en esta sociedad. Pero la confluencia del malestar de los ahorristas con el hambre en los barrios se juntó una noche y siguió la siguiente, hasta que vimos el helicóptero alejarse con rumbo a la impunidad.

Fue un vómito social, un estallido que ahora quieren minimizar para volver a esas políticas entre ridículas y perversas. Lo de piquete y cacerola y una lucha en común duró un suspiro. De eso sí los delincuentes económicos se ocuparon con ahínco: la cacerola abandonó al piquete a su suerte cuando pudo volver a Miami. Esa ciudad tiene ese hechizo: convence a los pelagatos que son superiores a muchos otros. Siempre tendrán Miami o un narcótico de efectos similares para pegar ahí, porque saben que el día que los pequeños ahorristas hagan carne que su bienestar está totalmente desenganchado del de la gente que vota, se les termina el curro y pueden pasarla mal.

Por **Luis Bruschtein**

Hacía varios años que todos sabían que era una fantasía. Que mantener el uno a uno era costoso y que cada día que pasaba esa ilusión tóxica de falso primer mundo se convertía en una bomba. Todos sabían pero nadie lo quería tocar. Carlos Menem y Domingo Cavallo habían dejado una trampa cazabobos y Fernando de la Rúa no se animó a desarmarla pero lo trajo a Domingo Cavallo, otra vez, para alimentarla. Todos sabían que iba a explotar y se sentaron a esperar la explosión.

El uno a uno, o la dolarización de la economía, fue la representación en Argentina de la hegemonía abrumadora del neoliberalismo. En diez años, además de fundir al país, se tragó al peronismo y al radicalismo y produjo una crisis profunda de representación política que desembocó en la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Varios antiguos archienemigos del peronismo, los conservadores neoliberales de hueso colorado de la Ucedé, se habían aliado al peronismo. Muchos de ellos se hicieron peronistas, y muchos peronistas se hicieron ucededistas quedándose en el peronismo. Al igual de lo que sucedió en algún momento con la dictadura, parecía que se habían adueñado del futuro y que no había salida.

Los '90 completaron el lavado de cerebro que había empezado con la dictadura. El Estado era presentado como el enemigo principal, había que desmantelarlo y la estructura estatal con comunicaciones, transporte, energía y acero, más salud y educación, que había montado Juan Perón, fue desmantelada por un gobierno que se decía peronista.

A los empresarios les encantaba escuchar incluso que se hablara mal de ellos, como en la propaganda famosa de los militares que mostraban un tipo que se daba un porrazo al sentarse en una silla de fabricación nacional y después lo mostraban con gesto orgásmico sentado en una silla firme y, claro, importada. Dejaron de producir y se convirtieron en exportadores y ciclistas de la timba financiera.

No aprenden más: lo que va contra el Estado, va contra la industria, lo hicieron los milicos de la dictadura, lo hicieron en los '90 y volvió a hacerlo Macri. Aerolíneas o YPF parecían pelota de ping-pong. Con Perón eran del Estado, los milicos y Menem las privatizaron, Néstor y Cristina Kirchner las volvieron a estatizar y Macri hizo todo lo que pudo por destruirlas.

La hegemonía neoliberal fue brutal en todo el planeta. El Estado de bienestar europeo fue liquidado entre el jolgorio de sus beneficiarios. Pero hubo alguna línea que no se sobrepasó, podían ser neoliberales, pero no boludos. Y Pinochet, el ogro neoliberal chileno, se cuidó de no privatizar el cobre, cuyos beneficios fueron para sostener a las Fuerzas Armadas. El único mal bicho en todo el planeta que privatizó una petrolera estatal fue Carlos Menem.

La Argentina de los sindicatos vaciados, con apenas una fracción de los afiliados que solían agrupar; la Argentina de los trabajadores desocupados, convertidos ahora en piqueteros marginados, fue la víctima principal de un libremercado que –al igual que hizo Mauricio Macri varios años después– había llevado al país a un despeñadero. Los jubilados ganaban para vivir una semana y daba lástima verlos desmayarse en las colas

Sandra Cartasso



Las protestas se generaron por los recortes a la libertad financiera. Millones de personas no tenían ahorros ni comida.

desinhibición que dos décadas más tarde le permite al proyecto neoliberal, ahora vuelto trumpista en diversas variantes y desparramado en muchos países bajo el equívoco de todas las palabras-gancho que usan, desembarcar como "algo nuevo". Era ya evidente cuando Esteban Bullrich, entonces ministro de Educación, explicaba en pleno proceso macrista, relajado ante periodistas amigos, que su táctica para pelear contra los gremios docentes era dar a conocer no una sino muchas iniciativas achicadoras juntas: "Mientras pelean por una, sale la otra". Es un buen ejemplo de cómo y para qué la derecha neoliberal contiene al aturdimiento colectivo como factor necesario).

En 2002 publiqué un libro, *Crónicas del Naufragio*, en el que recopilaba las notas escritas desde enero de 2001 hasta un año después, cuando pasado el estallido las asambleas barriales iban decayendo bajo la fragmentación en la que con las mejores intenciones se especializan algunas corrientes de izquierda.

Mientras iba escribiendo cada nota no tenía idea de que más y tarde y leídas y fechadas en el crescendo de furia de ese año, constituirían un fresco, sencillo y de registro de señales de la vida cotidiana que eran también avisos de que este país que había creído que un peso era un dólar –esa ilusión, esa prestidigitación, esa mentira que sirvió como un corpiño con push up: en el mo-



El neoliberalismo y la política, De De la Rúa a Kirchner y Macri

La película **continúa**

La ilusión tóxica del uno a uno. El quiebre en la representación política. El surgimiento de los movimientos sociales. Los conflictos que persisten.

de los bancos que no les dejaban retirar las mínimas jubilaciones neoliberales.

Una parte de la clase media hecha puré, que había votado a la Alianza o a los neoliberales del menemismo, había pasado bajo la línea de pobreza y se lanzaba desesperadamente al saqueo de los supermercados junto a los desocupados. Y la otra parte, que tenía unos pocos ahorros en dólares encerrados por el corralito, daba garrotazos en las cortinas cerradas de los bancos. Gran parte de esos, unos años después renegaban de los piqueteros y votaban con las dos manos a Macri, que les devolvería el favor con otro corralito.

La fiesta del absolutismo neoliberal de los '90, los

años en que mi abuelita conoció Nueva York, el Congo, Nueva Delhi y Phnom Penh, terminó en una tormenta de furia cuando todo ya era tarde. Desregular el mercado para regalárselo a los monopolios y privatizadas y alimentar la ilusión de una paridad cambiaria insostenible había llevado la deuda externa a niveles impagables –como sucedería otra vez con Macri, un admirador de Menem y De la Rúa– y una súperaspiradora había dejado exhaustas las arcas del país. No había plata para los jubilados ni para devolverle sus ahorros a la gente y había millones de desocupados –más del 20 por ciento de los argentinos–, que había sido excluido del sistema.

Esa combinación inflamable estalló el 19 a la noche cuando la indolencia de un presidente declaró el Estado de Sitio y terminó de desatar la furia popular con la penosa retirada de De la Rúa en helicóptero. Fue la instalación definitiva de los movimientos sociales –que habían reemplazado al Estado en los barrios populares– como actores importantes de la nueva sociedad diseñada por el capitalismo financiero y la globalización neoliberal. Pero su alianza con esos amplios sectores de la clase media duró poco.

Al constituirse en protagonistas con gravitación, gran parte de esos movimientos, que venían con un fuerte impulso antisistema y antipolítico, sintió la necesidad de una representación política que no tenía. Y a medida que esa presencia creció, la clase media se sintió amenazada por ella y fue tomando distancia. En ese contexto se sucedieron uno tras otro los presidentes y Eduardo Duhalde no encontraba mejor respuesta que combatir la protesta con represión. Pero en vez de retroceder, la protesta aumentó y se profundizó la crisis de representación.

Después de la sucesión de presidentes, vino la sucesión de candidatos. Uno tras otro fue descartado. La ambición de la mayoría de ellos no fue tan grande como el pánico de hacerse cargo de un país fundido y una protesta indómita. Y así apareció Néstor Kirchner. Gran encrucijada: profundizar la represión como lo

Los '90 completaron el lavado de cerebro que había empezado con la dictadura. El Estado era presentado como el enemigo principal.

exigía la tradición política hegemónica, o patear el tablero y hacerse cargo de los reclamos de la protesta. Y Néstor pateó el tablero. Grande Néstor.

Pasó mucha agua bajo el puente, aunque para la historia no es más que un parpadeo. El espontaneísmo no pudo correr el eje puntual de la protesta por los ahorros hacia una visión que les permitiera verse como parte de un colectivo popular y las clases medias urbanas derivaron a posiciones reaccionarias y neoliberales, como las que las habían quebrado. Macri es un admirador de Menem y la mayoría de los ex peronistas que se incorporó al PRO, como Horacio Rodríguez Larreta, Cristian Ritondo o Diego Santilli, son antiguos menemistas que prefirieron mantener su lealtad al credo neoliberal.

El aparato radical quedó resentido por la derrota de la Alianza y se radicalizó hacia la derecha. Gran parte de su base electoral viró hacia el PRO, mientras que muchos radicales progresistas y populares, decepcionados por la derechización del aparato, se sumaron a la expectativa abierta por Néstor Kirchner.

El “que se vayan todos” se cumplió en parte porque la rebelión renovó la cartelera con el surgimiento de Néstor Kirchner y de Mauricio Macri y el desplazamiento de los viejos protagonistas como Eduardo Duhalde, Carlos Menem, la Alianza y Fernando de la Rúa. Pero siguió el conflicto entre el neoliberalismo y el movimiento popular. La película continúa.



Gonzalo Martínez

OPINION

2001, Odisea al infierno**Por Sergio Wischniewsky**

A comienzos del año el ministro de economía era José Luis Machinea. El presidente De la Rúa había perdido a su vicepresidente, Carlos Álvarez, creyendo que se fortalecía su figura cuando en realidad se estaba debilitando. No logró la confianza de los supuestos inversores internacionales a pesar de que había puesto todo su esfuerzo en lograrlo. En realidad, el esfuerzo lo habían tenido que hacer los argentinos, porque fueron cuatro ajustes a las finanzas del Estado siempre justificados en lograr las simpatías del FMI. No logró reactivar la economía a pesar de recibir el blindaje del FMI en diciembre de 2000 que comunicó por Cadena Nacional regalándonos la inmortal frase: “que lindo es dar buenas noticias”.

El fugaz López Murphy

El 2 de marzo Machinea fue despedido. El presidente se jugó a cortarse solo del Frepaso y la UCR y eligió a Ricardo López Murphy, un cruzado del ajuste y la ortodoxia. En plena campaña electoral, en 1999, había dicho que si la Alianza ganaba debía bajar los sueldos un 10%. Siempre los sueldos, nunca las ganancias de los bancos.

“López Murphy ministro de economía: la última chance antes de Cavallo” dice un diario del 5 de marzo. El mundo financiero lo apoyó: IDEA, CEMA, FIEL. La bolsa subió. El entonces embajador de EEUU James Walsh lo calificó de “decisión brillante”. Lo mismo opinaron el FMI, BID, Banco Mundial y los gobiernos europeos. La que se opuso fue la UIA, su presidente Osvaldo Rial declaró “hace 32 meses que tenemos recesión y estas medidas ahondan la depresión”. El flamante ministro no defraudó, anunció recortes de cuatro mil millones de dólares. Sobre todo en salud, asistencia social, economías regionales, y un recorte del 30% del presupuesto universitario. Eso fue pegarse un tiro en el pie porque la propia Franja Morada pidió la cabeza del ministro. También, para dar el ejemplo, propuso reducir un 30% la planta estatal. “Los recortes son duros, pero son la única alternativa” se defendía el duro López Murphy. De inmediato y como protesta renunciaron tres ministros del gabinete: Hugo Juri de Educación, Fredi Storani de Interior: “No quiero ser el encargado de decirle a la policía que repriman” y Marcos Makon de Desarrollo Social. El rechazo fue generalizado, todos los gobernadores se opusieron. El 19 de marzo López Murphy fue despedido.

La hora de Cavallo

La Alianza estaba a la total deriva. Domingo Cavallo se autopercebía como el salvador, proponía parar con los ajustes y expandir la economía inyectando recursos: “Si hacemos bien las cosas en 2001 crecemos un 10%”. Logró entusiasmar a casi todos. Eduardo Bauza lanzó “Ha aparecido la luz”. Ruckauf “con Cavallo salimos de la crisis”. Todo el empresariado encabezado por Techint y Arcor lo festejaron, “Ahora nos van a venir a buscar para prestarnos plata”. El secretario del tesoro de los EEUU lo declaró “HEROE”. El pueblo argentino compró esa esperanza como quien se aferra a un salvavidas en medio del mar. Las encuestas le daban casi 60% a favor. Algunos ya lo postulaban como presidente 2003.

Y Cavallo, agrandado, pidió condiciones, SUPERPODERES, superministro. Era más que un ministro, era la figura política central, eclipse a De la Rúa. La Alianza había virado totalmente.

En el primer trimestre de 2001 se habían fugado 13 mil millones de dólares. El 72% de ese total era de las principales doscientas empresas que operaban en el mercado argentino.

Pero quedó claro que no conseguía financiamiento. Por eso empezó a proponer un Plan de Convertibilidad Ampliado con una canasta de monedas, no solo el dólar. Se empezó a notar que está improvisando. Quiso que se dejara de hablar de devaluación. El FMI y el Banco Mundial salieron a criticar a Cavallo. El riesgo país se disparó por encima de los mil puntos. El paquete de monedas hizo correr la desconfianza. El héroe se resquebrajaba. En abril, los sondeos de opinión daban 68,9% en contra del gobierno. Cavallo cambió el tono y se volvió un riguroso fiscalista. La era de los ajustes siguió.

No hundirse era el objetivo. Generalizó el IVA, impuesto financiero y subieron las tarifas de luz, gas, teléfonos, cable, transportes, trenes. Recortes en la Anses.

La Alianza agonizaba. Alfonsín y los cuadros radicales empezaron a criticar a Cavallo y buscaron poner límites. Terragno, Storani y Posse se fueron del gobierno y buscaron formar un polo con los gobernadores. Situación difícil de los gobernadores. Igual le pasaba a los gobernadores peronistas. Muchos como Reutemann, De la Sota, y Ruckauf también aplicaron ajustes.

En julio, Menem es arrestado por la venta de armas a Croacia. Surge el MPA, Movimiento Productivo Argentino presidido por Duhalde y seguido por Alfonsín y De Mendiguren de la UIA. Crecen las voces para salir de la Convertibilidad, pero ya parece muy tarde para que sea indoloro.

La ley de déficit 0 fue votada y fue el último apoyo del PJ. El Megacanje incluyó 32.000 millones de dólares. Pareció un alivio y no duró nada. Se leyó como la señal del fin.

El ministro de salud Héctor Lombardo dice que el presidente tiene arterioesclerosis. La imagen presidencial está herida de muerte. En un intento de revertirlo visita el programa *Videomatch* conducido por Marcelo Tinelli, no podía salir peor. Se transforma en una caricatura.

El secretario del tesoro EEUU, Paul O'Neill, dice “nadie los obligó a ser como son”, “No vamos a gastar el dinero de los plomeros y carpinteros norteamericanos”.

Surgen monedas provinciales en claro síntoma de un país que se disgrega: los Lecops, Patacones, Lecor y el BOFE. Cavallo hace una gira europea en junio y vuelve con las manos vacías.

El 9 de julio Día de la Independencia, De la Rúa anuncia que nos vamos a liberar, llamó a hacer un esfuerzo patriótico y propuso un recorte de 3000 millones de dólares, déficit 0 y un descuento salarial para toda la administración pública del 13%. Era el séptimo ajuste en 19 meses.

El 11 de septiembre derriban las Torres Gemelas en Nueva York.

Elecciones 2001, se crea el Movimiento 501, alejarse a más de 500 kilómetros del lugar de votación para no tener que hacerlo. El peronismo obtiene el 38,5% de los votos, la Alianza el 22% Alianza y languidece, pero el dato central es el descontento hacia la clase política en general que se plasmó en el alto nivel de votos en blanco o anulados (23,99%) y una relativamente alta abstención (24,53%) generando que solo el 57,37% del padrón electoral emitiera votos positivos.

Corralito y protestas

Los tiempos se aceleran. Gran parte de la población se encontraba endeudada en dólares y un sector de ahorristas buscaba sacar sus dólares del banco. Producto de la corrida bancaria, el Gobierno decretó un feriado bancario y cambiario estableciendo que sólo se pagarían sueldos y jubilaciones. Pasada esta medida, y frente a la no respuesta de los bancos ni el respaldo del Banco Central, el presidente De la Rúa en conjunto con Cavallo dispone el corralito el 2 de diciembre de 2001. Banqueros, financistas y contactos del poder político llegaron a tiempo a retirar sus depósitos.

La CGT realiza con contundencia el séptimo paro general frente al gobierno de De la Rúa con el impacto del corralito como telón de fondo. La gente no tiene palta y está desesperada. Millones de personas acuden a los clubes del trueque. Se cambian chucherías por comida, clases de guitarra por pan. Los piqueteros no solo cortan rutas, organizan la indigencia, los comedores populares no dan abasto.

“El gobierno estudia no pagar los aguinaldos en 2002”. Siguen apretando el torniquete. En las puertas de los bancos se desarrolla la ciudad de la furia, los ahorristas piden su dinero. Lo necesitan, no saben si alguna vez lo van a recuperar.

El 19 de diciembre por todo el país hay saqueos a supermercados, hay escenas de violencia y represión policial con plomo. Por la noche, De la Rúa anuncia el estado de sitio creyendo que con eso impondrá autoridad. Fue el bombero loco que quiso apagar un incendio con nafta y se fue en helicóptero huyendo de la Argentina en llamas.

Por Mario Wainfeld

—¿Qué hace?

—Nada. Está sentado, mira sin ver. No escucha. No habla.

—Por favor díganle que renuncie, eso puede descomprimir. Que mande parar la matanza.

—Se lo decimos, muchos. Otros le piden que no ceda, gritan que la turba quiere matarlo, que va a terminar linchado como (el dictador rumano) Ceasescu”.

Este diálogo es tan incorroborable como verídico. De un lado de la línea este cronista a la sazón Jefe de Política de **Página12** cuando el laburo era presencial, a pocas cuadras de la Plaza de Mayo. Del otro, en la Casa Rosada, un prominente integrante del gobierno. Hablaban del entonces presidente Fernando de la Rúa, quien permanecía haciéndose el zozco, algo que le salía bárbaro. Escondiendo la mano tras haber dado las órdenes para reprimir.

El intercambio, palabra más o menos, carecía de originalidad: resonaba a coro en torno del mandatario. Al final de las jornadas más sangrientas de la recuperación democrática alguien del entorno consiguió que el zombi firmara la renuncia.

Pocos días antes quiso meter miedo: declaró el estado de sitio. Gente común, por millares, salió las calles, se movilizó con alta espontaneidad. A defender la democracia como en abril de 1987 pero esta vez contra el Gobierno.

Culminaba la larga agonía causada por el cóctel de neo conservadorismo acérrimo (una plaga global) y convertibilidad, un hallazgo argentino. La autodestrucción se fue agravando durante más de una década, tiempo de incubación del estallido.



La convertibilidad mató a la hiperinflación súbitamente, como quien le pega un tiro letal a una bestia que ataca. El subsiguiente alivio colectivo fue clave para su popularidad. “No se toca”, concordaban demasiados dirigentes políticos. Parecía plantavotos reade cuarse pero era suicida sostenerla eternamente. La política y la vida suelen colocarte frente a ese tipo de disyuntivas crueles: hay que optar por el mal menor, la solución óptima te la debo (no existe).

La recesión, el industrialismo y el desempleo crecieron año tras año. No te morirás pero te irás secando, era el slogan no escrito del modelo económico.



Mucho tiempo después, el Fondo Monetario Internacional (FMI) le tiraría un salvavidas de 55.000 millones de dólares al expresidente Mauricio Macri para que llegara a la reelección. Macri estaba enamorado de Christine Lagarde. Menos romántico, De la Rúa admiraba a Horst Kohler, mandamás del Fondo a quien llamó ese 20 de diciembre para disculparse... deferencia que no confirió al pueblo argentino. El FMI lo ayudó en cuotas; no para ser reelecto sino para ir tirando un trimestre o dos. De la Rúa celebraba esos salvavidas de plomo y los retribuía: reducía los sueldos y las jubilaciones famélicas. Promovía una reforma laboral anti obrera encastrada por el escándalo de las coimas senatoriales.





La conducta popular ante la debacle económica e institucional

El protagonismo de la gente común

Expresaron su bronca en el cuarto oscuro durante 2001. Ocuparon el espacio público en cacerolazos, marchas, asambleas. Votaron masiva y sistémicamente en 2003. Desafiaron a la barbarie policial. Las mujeres se hicieron cargo de la crisis.



Gonzalo Martínez

Millares de hombres que perdieron sus empleos se deprimían, agredían a sus parejas, caían en el alcoholismo.

Las mujeres se hicieron cargo. Sin decirlo (ni saberlo sus promotores) el Plan Jefas y Jefes de Hogar tuteló a las sostenedoras de las familias, las alquimistas de la crisis. Ellas fueron inmensa mayoría de les inscriptes para percibirlo ante la mirada atónita de los funcionarios. La Asignación Universal por Hijo se concibió para ellas, ya conociendo el fenómeno, un cambio de paradigma en la vida privada y la social.

Los trabajadores recuperaron las empresas abandonadas o vaciadas por los patrones. Las cooperativizaron de la noche a la mañana, las sostuvieron a pulmón, adecuando a la etapa la longeva cultura sindical. Contra viento y marea, en plena malaria, cobrando



Fabián Gredillas

monedas, cuidaban fuentes y puestos de trabajo.

La carencia de dinero se emparchaba apelando al trueque. Nobleza obliga: los gobernadores inventaron los primeros clubes del trueque con las cuasi monedas. De fluctuante valor económico e improbable legalidad, proveyeron gotas de liquidez en el desierto.



De la Rúa era el peor presidente posible no solo por la política económica. Por su sectarismo, respecto de los dirigentes peronistas que lo acompañaron bastante, del Frepaso, del radicalismo alfonsinista. Por su desdén a la gente de a pie, básicamente. Por su furor represivo en la peor hora.

Alineado con los yanquis, lamebotas. El nacionalismo del gobierno solo afloraba ante los pedidos de extradición a los terroristas de Estado que llegaban desde el exterior, con el juez Baltasar Garzón a la cabeza. Entonces sí, el Gobierno enarbolaba la bandera celeste y blanca, invocaba la soberanía, protegía a los represores. La Argentina se transformó en su aguantadero.



Los argentinos de a pie se empobrecieron, fueron cayendo. Perdieron conchabo, muchos se vieron empujados a saquear o a pedir para llevar algo de comida a los hogares. Dolor y humillación para gente de trabajo, orgullosa de ganarse la vida. Cuando salieron a la calle, los reprimieron con saña. Fue el bautismo militante de una generación, la de la mis hijos en sentido estricto y figurado. Por primera vez vivieron en carne propia la violencia estatal, se enfrentaron con "las fuerzas del orden". En aquellas horas se fraguó una variopinta camada de militantes que sigue haciendo historia.

La crisis terminal se mitigó un poco gracias a la templanza popular. La salida se aceleró merced a la proverbial capacidad de adaptación de los argentinos.

El presidente Néstor Kirchner entendió de volea que tanto sacrificio y tanto sufrimiento, tanta autoestima por el piso, requerían medidas reparadoras inmediatas, masivas. Que los tiempos para redistribuir y promover bienestar no los determinan laboratorios o academias sino una lectura sensible de la sociedad.

Fueron años de dolor y vejaciones, en cierto momento parecía que la caída no tendría límites ni finalizaría jamás. Sin embargo, advinieron tiempos mejores.

Pensemos, por una vez, la conducta popular ante la crisis integral. Expresaron su bronca en el cuarto oscuro durante 2001. Ocuparon el espacio público en cacerolazos, marchas, asambleas. Votaron masiva y sistémicamente en 2003. Desafiaron a la barbarie policial, ofrendaron luchadores y mártires. Se organizaron, pararon mil ollas populares en todos los confines del país. Se apañaron para subsistir, volvieron a laburar ni bien pudieron. Hicieron dobles y triples jornadas, en particular las mujeres.

Millones de personas se rebelaron, se defendieron, dieron testimonio. Insumisas y no violentas a la vez como las Madres y las Abuelas. Con mucha solidaridad "por abajo".

La gente común se deslomó, se solidarizó, se cuidó. ¿Le suena parecido (salvando tiempo y distancia) a los años de pandemia? Por algo será.

mwainfeld@pagina12.com.ar

El diciembre que parió a Kirchner

Por Eduardo Aliverti

¿Qué puente puede trazarse entre la actualidad y aquel diciembre?

Hay una parte, la más obvia, que parece estar saldada. Es la del diagnóstico de cómo se llegó al estallido.

Pero ocurre que en esa diagnosis, justamente, se encierra la pregunta renovada de cuáles aspectos del presente no se parecen casi en absoluto a la situación de entonces, y cuáles otros presentan desafíos similares.

Hacia mediados del segundo lustro noventoso, el menemato mostraba síntomas de decadencia, paulatina, ligadas a su imagen de corruptela generalizada.

Era una percepción que, sobre todo, atendía a figuras individuales. No podría hablarse de que rigiera una conciencia ampliamente mayoritaria acerca de las características estructurales de la corrupción. Es decir: que esa podredumbre de negociados a diestra y siniestra respondía al objeto de seguir liquidando al país, mediante el proceso que sólo unos pocos habían designado como el remate de las joyas de la abuela.

Un tema era lo urgente de eficientizar empresas estatales anquilosadas, ineficaces, imbancables; y otro muy distinto era ejecutar su extinción en medio, además, de una orgía de exhibicionismo ricachón, grasuliento, perpetrado por funcionarios protagonistas y “adscriptos” menemistas.

Es por allí que fue colándose la perspectiva de probar electoralmente con, digamos, otros elementos figurativos.

Pero, a pesar de advertencias como el efecto Tequila de 1995 y las devaluaciones brasileñas, que revelaban condiciones internacionales adversas ya propiciadas por la etapa financierizada de la producción capitalista, virtualmente “nadie” se cuestionaba que permanecer en la convertibilidad era un suicidio de concreción inminente.

Visto con una retrospectiva que hoy debería ponernos demasiado colorados (¿lo hace?), una inmensa, enorme o determinante mayoría de los argentinos continuó creyendo, o queriendo comprarse, que un peso puede ser igual a un dólar.

Como señala Sandra Russo en la nota, que desde el título trazó el eje del peso que nunca fue un dólar, un pasaje alude a aquellas imágenes de la fiebre por los viajes a Miami, la gente regresando con exceso de equipaje, las pieles bronceadas que daban efecto de placer y la divisa estadounidense asimilada como moneda propia, hasta para pagar golosinas en un kiosco o comprarla en una farmacia.

Ese delirio era análogo al de los cuatro años iniciales de la dictadura: la tablita de Martínez de Hoz produjo iguales efectos alucinógenos mientras el país perdía centenares de miles de puestos industriales, hasta que en marzo de 1980 cayó el Banco de Intercambio Regional (BIR, el más importante de los bancos privados) y arrancó el fin de la plata dulce para culminar a la sazón con una de las tantas frases inolvidables de un ministro de Economía, en este caso Lorenzo Sigaut, remitiendo a “quien apueste al dólar, pierde”.

Llegaron las devaluaciones sucesivas y los militares acabarían redoblando la apuesta con ese otro delirio que fue la aventura de Malvinas. Podría afirmarse, en términos de historia social, que se trató de la precuela de diciembre de 2001.

Bajo esa ensoñación del 1 a 1, surgió la fantasía de que era probable persistir con el mismo modelo sólo que extrayéndole la corrupción (aquí cabe personalizar, como para que no se piense que el recordatorio está formulado desde algún pedestal esclarecido: uno también votó al Frepaso y después a De la Rúa/Álvarez).

El experimento duró lo que tenía que durar, Cavallo redivivo fue víctima de su propia criatura y corralito/corralón fueron, en primerísimo lugar como simbología política, el estallido de las expectativas de consumo de la clase media. Con el hambre, como efecto, en los sectores populares.

Sin embargo, y siempre sin perder de vista que seguimos a grandes saltos, a partir de ahí hay una división en

dos segmentos claramente diferenciados.

Uno es que la lucha era una sola entre piquete y carcerola.

Las patas cortísimas de esa consigna no merecen mayores consideraciones, excepto por haberse ratificado, ahora e inclusive con expresiones de ultraderecha, que en las franjas medias no quieren identificación alguna con el abajo de la pirámide.

En cambio, el *Que se Vayan Todos* ofrece un reto algo más complejo que, desde ya, excede a esas otras ensoñaciones acerca de un país entero en estado asambleario, cual soviets que podían contar con la toma del poder al alcance de la mano.

Si se lo aprecia de manera nominal, terminaron quedándose más que los que se fueron.

Pero el espíritu que convocaba a que se fueran todos resultó leído y ejecutado por Néstor Kirchner de un modo impecable e inclusivo de los movimientos sociales paridos por la crisis, de los organismos de Derechos Humanos, de las medidas que se necesitaban para recrear confianza y semblanza de jefatura indubitable. Apenas asumido.

No tiene mucho sentido la discusión todavía vigente acerca de si pudo hacerlo porque el interinato de Duhalde/Remes Lenicov ya le había ajustado en la economía cuanto era menester, y porque el precio de los commodities volaba hacia las nubes.

Bajo condiciones similares, sobran ejemplos de que las circunstancias favorables no se usaron para repartir sino a



fin de acentuar la desigualdad.

Esa anomalía kirchnerista se prolonga hasta hoy en su aspecto de que es posible transgredir aun en los marcos del salvajismo neoliberal triunfante. Y mantiene terreno en disputa a pesar de que ya no hay, ni de lejos, el entusiasmo o la aceptación colectivos de aquél debut de lo impensado.

Por el contrario, respecto de esto último, hay la fantasía resucitada de que la derecha todavía tiene herramientas capaces de mejorar la vida popular. Y el drama, el plus a su favor, es que eso sucede a dos años de haber partido tras el fracaso estrepitoso de que podían ser “desarrollistas”; de que no les hace falta robar porque tienen la tarasca a buen resguardo; de que habrían de integrarnos a “el mundo” ese que ahora reclama cobrar la fiesta que se pegaron.

¿Cómo es posible que suceda esto, a nada más que 20 años de haberse reproducido los “errores” de hace 40?

¿Sólo se explica por las memorias populares cada vez más cortas, debido a la lógica del presente perpetuo que instaura la revolución tecnológica (esa sí que permanente...) y su conquista de las subjetividades masivas?

Uno cree interpretar que no.

Cree que hay cosas a las que el denominado “campo popular” debe adecuarse. Y que podríamos estar viejos, o cansados, o indispuestos, para (terminar de) asumir categorías sociológicas, filosóficas, comunicacionales, que quedaron dadas vuelta y ya hace rato.

Pero hay un “clásico” que no cambia: finalmente, sigue pasando que la fortaleza en la conducción política es lo único que, aunque sea, puede mantener a raya lo más bruto del dictado neoliberal.

Esa enseñanza de Kirchner es lo sobreviviente, por la positiva, de diciembre de 2001.

Por Luciana Bertoia

Una imagen de una chica embarazada, vestida de rojo, que era arrastrada en Plaza de Mayo hizo saltar de sus asientos a todas las mujeres que ese jueves habían llegado temprano a la Casa de la Asociación de Madres de Plaza de Mayo y miraban la televisión como si estuvieran asistiendo a una película de terror que ya habían visto. Con sus pañuelos blancos en las cabezas, se pusieron en marcha hacia la zona de la Casa Rosada. Hebe de Bonafini llegó a la Plaza, el lugar que con sus compañeras habitaba todos los jueves, y pidió hablar con el comisario. “¿Dónde está la piba, adónde se la llevaron? bramó la dirigente de derechos humanos ante los policías que estaban formados en la zona. Ese 20 de diciembre, las Madres de Plaza de Mayo –la Asociación y la Línea Fundadora– y otros referentes de organismos de derechos humanos fueron blanco de la represión que desplegaba el gobierno en retirada de Fernando de la Rúa. Un capítulo inédito en la historia de la democracia argentina y que, 20 años después, sigue sin castigo.

“El recuerdo que tengo de ese día es nefasto”, dice Taty Almeida, de la Línea Fundadora, que ese jueves estaba también la Plaza con otros integrantes del movimiento de derechos humanos como Laura Conte, fundadora del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), y Adolfo Pérez Esquivel, el Premio Nobel de la Paz y dirigente del Servicio de Paz y Justicia (Serpaj). “También nos tiraron gases. En un gobierno constitucional dejaron tantos muertos y atacaron a las Madres. Eso era atacar a los 30.000 porque nosotras existimos desgraciadamente porque nos han arrebatado lo máspreciado que tiene una mujer que es un hijo”, dice.

Hebe de Bonafini había estado la noche anterior en las calles. Cuando De la Rúa declaró el Estado de Sitio, en la Asociación improvisaron un documento para juntar firmas para repudiar esa medida. Carmen “Tota” Ramiro de Guede llegó temprano el 20 de diciembre a la Casa de las Madres. Tenía 66 años y venía de trabajar desde San Martín. Decidieron ir todas juntas, con una mesita de plástico, unas sillas y llevar el documento para juntar adhesiones. “La gente nos empezó a decir que nos fuéramos porque iba a haber represión. Nosotras pusimos la mesa y nos quedamos esperando que viniera el resto de las Madres”, cuenta “Tota”.

Alrededor de las 10.30 se escuchó por altoparlante un anuncio: en quince minutos había que desalojar la Plaza. La gente desafió la orden. Empezaron los cantos y los aplausos. Por la esquina de Rivadavia y Reconquista avanzaban, mientras tanto, los distintos cuerpos de la Policía Montada que ese día estaban a cargo del subcomisario Ernesto Sergio Weber –hijo del represor Ernesto Frimon Weber, que actuó en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), donde se ganó el apodo de “220” por su destreza para empuñar la picana–.

Las Madres se agarraron de las manos para hacer un cordón humano que impidiera el paso de los policías con sus caballos. Los animales las terminaron golpeando, a algunas las pisaron y les arrancaron las uñas de los pies. Los policías les disparaban con perdigones de goma. Una Madre, de las más mayores, quedó tendida en el suelo. “Tota” y otras compañeras se debatían si



Caballos, gases y perdigones de goma. Un hecho inédito en democracia

La represión a las Madres de Plaza de Mayo

Las Madres fueron reprimidas con gases y se enfrentaron a la policía montada.



Fernando Gens

Como nunca en años democráticos, las Madres de Plaza de Mayo sufrieron la represión policial en diciembre de 2001. Les tiraron la Montada, a algunas los animales las pisaron y les arrancaron las uñas de los pies. Los policías les disparaban con perdigones de goma. Hay una causa sin fecha de juicio aún.

levantarla o no. Unos pibes con pelos largos vinieron a socorrerlas. “Yo les grité que la dejaran porque pensaba que eran policías de civil pero me dijeron que eran de la radio La Tribu, que tenían una camioneta ahí para que nos subiéramos”.

La contracara de la represión desmedida fue la solidaridad. Hay imágenes de ese día emblemáticas, como las que se ve al fotógrafo de **Página 12** Gonzalo Martínez ayudando a salir a una Madre mientras una nube de gases nublaba todo el entorno. “Yo estaba en la Legislatura porque era la directora de Derechos Humanos. Cuando vimos que empezaban a reprimir y estaba la

gente de los organismos en la Plaza, pedimos que abrieran las puertas para que se pudieran refugiar”, recuerda Graciela Lois, referente de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas. Una de las Madres que llegó a guarecerse ahí fue Marta Vásquez.

Una causa que espera el juicio

La represión a las Madres –uno de los capítulos más dolorosos de la democracia– jamás se juzgó. El fiscal Franco Picardi le encargó a la Dirección General de Investigaciones y Apoyo Tecnológico a la Investigación Penal

(DATIP) que identificara a los policías que habían avanzado contra siete integrantes de la Asociación Madres de Plaza de Mayo y contra un grupo de manifestantes.

Con ese trabajo, Picardi imputó a Weber, a Fernando Héctor Villegas –que entonces era principal y se lo ve en las imágenes pegándoles con un rebenque a las mujeres de pañuelo blanco– y a Luis Oscar Rodríguez, un cabo que era parte de uno de los grupos de combate de la Montada de la Policía Federal. Pese a que Claudio Bonadio buscó que la causa prescribiera, el expediente está elevado a juicio desde el año pasado y en poder del Tribunal Oral Federal (TOF) 6 que deberá avanzar con la prueba y fijar fecha para el debate oral.

Muchas de las Madres, víctimas de esa represión, fallecieron en estos 20 años que pasaron. La justicia llega tarde –esta vez también–. “Fue terrible esa represión: contra las Madres, contra los jóvenes, con tantos muertos y nadie se hace cargo”, dice “Tota” Guede. “¿Por qué la Justicia siempre es así de lenta? –se pregunta–. Siempre hablamos nosotras y los culpables de la represión no dicen nada”.

El asesinato de Claudio “Pocho” Lepratti en Rosario

Una trama colectiva por memoria y justicia

Pocho fue una de las nueve víctimas fatales de la represión estatal del 20 de diciembre de 2001 en la provincia de Santa Fe. El más emblemático. “El Angel de la bicicleta” que inmortalizó León Gieco.

Por Sonia Tessa

/// Si no cuidamos al otro, no digamos que somos revolucionarios”. La frase es una de las que Claudio “Pocho” Lepratti inculcó en decenas de pibes y pibas del barrio Ludueña, en el noroeste de Rosario. La recuerda Rodrigo “Bichito” Gauna que participó de “Los Gatos”, uno de los grupos que crecían por el impulso del militante social, que formaba parte de las comunidades eclesiales de base en un barrio donde comedores y escuelas llevan el sello del padre Edgardo Montaldo, sacerdote salesiano que ya en los 90 alertaba sobre la distribución de drogas como una forma de control y destrucción de los pibes. Hoy Rodrigo tiene 35 años, la edad que tenía Pocho cuando lo mataron. “Si ustedes quieren ser unos imbéciles toda la vida, no estudien”, es otra de las enseñanzas que le quedaron grabadas a Bichito, que tenía 15 años en 2001. Pocho vivía en el Ludueña y atravesaba la ciudad en su bicicleta hasta Las Flores. Trabajaba en la escuela 756, a pocos metros de Circunvalación. El 19 de diciembre estaba en la escuela, preocupado por las noticias de la represión en las distintas barriadas de la ciudad. Subió al techo y dijo la frase que inmortalizó León Gieco, “Bajen las armas, que aquí sólo hay pibes comiendo”. Pudo haber sido “No tiren, hijos de puta, que hay pibes comiendo”. Lo que recibió fue un certero disparo en la garganta. Murió poco después, en el Hospital de Emergencias Clemente Álvarez.

Pocho es el asesinato más emblemático de la represión estatal del 19 y 20 de diciembre de 2001 en la provincia de Santa Fe. En esos dos días, hubo seis personas asesinadas en Rosario: Lepratti, Yanina García, Ricardo Villalba, Walter Campos, Rubén Pereyra y Juan Delgado. En Villa Gobernador Gálvez, Graciela Acosta fue asesinada y Graciela Machado sufrió un infarto en plena represión. A Marcelo Pacini lo mataron en la ciudad de Santa Fe. La policía tenía órdenes precisas, así se lo hizo saber un efectivo policial al sacerdote de Villa Banana. Y también lo dijo el delegado de gobierno, Osvaldo Turco, lo dijo con todas las letras. El gobernador era Carlos Reutemann y el secretario de Seguridad, Enrique Álvarez. Nunca fueron llamados a declarar por su responsabilidad política en la masacre. El máximo responsable, Reutemann, falleció el 7 de julio de 2021. Era senador nacional.

El camino de la impunidad empezó apenas se dieron los crímenes. Por un lado, las actas policiales apunta-

ban a diluir la responsabilidad de los ejecutores. Lo primero que hicieron los jueces que tomaron las causas fue “investigarlas” por separado. Tan solo dos policías fueron condenados. Luis Armando Quiroz como responsable material del crimen de Graciela Acosta y Esteban Eduardo Velázquez por el de Lepratti.

La causa por el encubrimiento del crimen de Pocho, que tuvo a once policías procesados, sufrió un largo derrotero. En 2015, la Sala III de la Cámara Penal, con un análisis del juez Otto Crippa García al que adhirieron sus pares Guillermo Llaudet Maza y Georgina Depetris, ratificó las condenas por falsear el acta sobre la muerte de Lepratti, desacreditar a los testigos y blear el patrullero para simular un ataque previo fueron sentenciados el ex jefe de la subcomisaría 20ª y dos policías que iban en la misma patrulla con Esteban Velázquez, el policía que efectuó el disparo letal y que

fue condenado a 14 años de cárcel, una pena que en ese momento ya había cumplido.

¿Cuánto tiene que ver aquella violencia institucional con las prácticas represivas habituales de la policía santafesina? En Rosario se desarrolla en este mismo momento el juicio por la desaparición forzada de Franco Casco, en octubre de 2014. Es una causa emblemática, porque desnuda prácticas que se pueden ver en otras víctimas de violencia policial, que se cuentan por decenas. Una serie que llevó a una militancia social que hoy se expresa en la Multisectorial contra la Violencia Institucional.

Entonces, el gobierno provincial cerró filas en la represión que había ordenado. La comisión bicameral para investigar los crímenes de diciembre de 2001 nunca pudo formarse, ya que la Legislatura santafesina tenía mayoría reutemista.



Claudio “Pocho” Lepratti.



Para esclarecer lo ocurrido, organizaciones de derechos humanos, legisladores y familiares formaron la comisión investigadora no gubernamental, que hizo un trabajo preciso: recogió testimonios en cada lugar, identificó el contexto, produjo informes anuales y llegó a un informe final. “Fuimos uniendo un montón de elementos que nos permiten afirmar que la represión fue planificada, que hubo órdenes, una cadena de mando que la justicia nunca investigó. Las muertes fueron selectivas, la mayoría de los asesinados fueron jóvenes de las barriadas, con algún nivel de compromiso social como era el caso de Pocho”, dice Celeste Lepratti, integrante de la Asamblea del 19 y 20 de diciembre.

Pocho era el mayor de los seis hijos de Orlando y Dalis. Celeste es una de ellas. Apenas mataron a su hermano mayor, ella llegó a Rosario. Más tarde se integró a la Comisión, que en 2011 mutó en Asamblea del 19 y 20 de diciembre. “Pocho nos dejó una invitación a mirar alrededor nuestro de otra manera, con una sensibilidad distinta”, dice. En Rosario tuvo a sus tres hijos, fue concejal, es docente y militante social. Orlando, el padre, murió en diciembre de 2004, al volver a Concepción del Uruguay tras participar de los actos en homenaje a Pocho. “Perdimos a mi viejo en el camino. Decimos que es también una muerte que se llevaron las balas invisibles de la impunidad, como su-

Pocho subió al techo del comedor y gritó: “Bajen las armas, que aquí sólo hay pibes comiendo”. Recibió un certero disparo en la garganta.

cedió con tantos otros familiares”, dice Celeste. Y suma otras: dos de los siete hijos de Graciela Acosta se suicidaron.

Celeste considera que el Estado tuvo una participación activa en la construcción de la impunidad, y también subraya que “hubo tantos heridos y heridas en los que nadie piensa, pero hay muchísima gente a la que le cambió la vida para siempre, a quienes considero sobrevivientes: heridos, heridas, miles de detenidos y detenidos. Toda esa gente tampoco consiguió justicia ni reparación de ningún tipo. Siempre son ninguneados, olvidados y olvidadas. Por eso insistimos en que está faltando justicia, más allá de la justicia formal de la que ya no esperamos nada, claramente”.

A Liliana Leyes, secretaria de Género de ATE Rosario e integrante de la Asamblea del 19 y 20, esas jornadas le cambiaron la vida y la militancia. Construyó con familiares de las víctimas una relación que los hace parte de su familia. Desde hace un mes realizan actividades en distintos barrios por la memoria. “Creemos que la justicia la construimos entre todos, esa justicia fue la construcción que hicimos en estos 20 años en la calle, convencidas de que los familiares merecen tenerla y se transformó en una multiplicación de organizaciones. Para mí hubo un antes y después, sobre todo en las organizaciones que florecieron a partir de 2001. En cuanto a mi vida de militancia en ATE, siempre decimos que Pocho sigue vivo porque su militancia y su práctica pedagógica la seguimos implemen-

tando en los delegados y las delegadas de ATE”, dice la dirigente, que recuerda: “Esa familia la construimos. Pocho siempre decía que había que hacer el amor en el barrio, lo decía realmente y lo practicaba. Y eso es lo que tratamos de construir diariamente”.

Carlos Nuñez es el director de la Biblioteca Popular Pocho Lepratti, que se creó en octubre de 2002 y funciona en otra zona popular, Tablada —ni tan al noroeste ni tan al sur como los barrios donde militaba y trabajaba Pocho—. Allí hay, además de libros, talleres para niñas y jóvenes, una radio comunitaria y en la pandemia se abrió un comedor popular. Esta misma semana se presenta la cuarta edición de Pocho Vive, publicado por la Editorial de Universidad Nacional de Rosario, un libro que retoma las luchas y el legado de Pocho. “El Poder Judicial hizo todo lo posible para generar las condiciones de impunidad, y de alguna forma, familiares de víctimas, colectivos artísticos, han seguido trabajando con esta idea de la justicia la hacemos entre todos, como algo colectivo y sobre todo sosteniendo el trabajo con niños y jóvenes, que son los más golpeados por este sistema. En 20 años, si bien se construyeron distintos espacios colectivos, culturales, hay algo que está a la vista, que es la necesidad de profundizar distintas perspectivas de derecho que cuiden a los que hoy no están cuidados. Cuando tenés una sociedad que tiene la cantidad enorme de niñas y niños bajo la línea de pobreza, no hay mucho más para decir. Ahí hay una necesidad de acompañar, permanecer, estar y sobre todo de escuchar a los chicos y chicas”, dice este psicólogo que retomó el legado de Pocho en esa construcción que distingue la figura de Pocho, en Chacabuco 3085. El jardín de infantes se llama “Las hormiguitas”.

Hormigas y bicicletas, cuando están pintadas en las paredes de la ciudad, remite al Pocho. Forman parte de una memoria que se construyó a pura militancia. Desde el comienzo de la lucha contra la impunidad, Arte por Libertad se encargó de poner los nombres de las víctimas y las fotos en el espacio público.

Para Nuñez, “a 38 años de esta democracia, hay algo que está todavía muy pendiente, que es una distribución mucho más equitativa de la riqueza y fundamentalmente, con generar espacios de participación social, que sí fueron parte de un imaginario radical de 2001”.

La rebelión popular de diciembre de 2001 tiene múltiples lecturas, continuidades, efectos actuales. “Hay muchas miradas respecto de lo que fue esa rebelión de un pueblo que salió a decir basta, a decir que se vayan todos y también a generar muchas organizaciones, muchos espacios, una pelea desde abajo que generó formas amorosas de encontrarse, desde los assemblearios, con propuestas que iban por otro lado. Que de verdad la política sea una herramienta para transformarlo todo”, considera Celeste Lepratti.

De aquellos pibes que formó Pocho, hay muchos disseminados en la tarea social en la ciudad. Bichito Gauna integra la organización social Hormigas de Barrio. Cuando se le pregunta por la situación social, se pone muy serio. “Existe una violencia que en aquellos años no estaba, una violencia de todo tipo, no solamente con el tema del sicariato, del narcomenudeo, sino que las instituciones mismas, las escuelas expulsan, los centros de convivencia barrial, todos estos espacios, en lugar de abrirlos, los están cerrando y van expulsando a las personas. Puedo hablar de Ludueña y de

otros barrios. Está muy violento y muy temeroso. Digo por ejemplo, sigue habiendo hambre. No sé si similar a 2001, o más fuerte”, describe. Durante la pandemia, debieron incorporar la asistencia alimentaria. “Cuando lo escuchaba al (exministro de Desarrollo Social) Daniel Arroyo, me enamoraba, pero después, los protocolos no los arma la gente que entiende las necesidades, los arman los técnicos, y queda en solo palabras lindas”, apunta.

Durante estos veinte años, la militancia social se profundizó. “Pienso que antes lo hacía más por inercia que por otra cosa, hoy lo que hago lo hago con mucha conciencia, política, cristiana”, dice Bichito, que está en la Hormigonera, un espacio de talleres, con pibes, que busca consolidar como lo hacía Pocho.

Los grupos de adolescentes, la militancia en ATE. La capacidad infinita de escuchar, sobre todo a niñas y adolescentes. “Todavía me sorprende cómo se conoció con tanta gente, pudo estar en tantos lugares y compartiendo tantas experiencias. Tenía solo 35 años cuando lo mataron, pero su vida fue muy intensa. Hizo cosas que claramente muchas no haríamos, tomó decisiones que lo hacen diferente”, dice su hermana, que se sorprendió al ver que vivía en la villa. “Hay historias que nos siguen sorprendiendo”, cuenta. Docente en distintas EEMPAS, escuelas secundarias para

“Antes lo hacía más por inercia que por otra cosa, hoy lo que hago lo hago con mucha conciencia, política, cristiana”, dice Bichito, que está en la Hormigonera.

adultxs, Celeste conoció en agosto a una de sus alumnas de primer año, porque antes habían trabajado en la virtualidad. “Me preguntó si podía hacerme una pregunta personal, y era ‘¿Vos qué sos del Pocho?’. Cuando le dije que era una de las hermanas, me contó que ella vivía en Las Flores cuando estaba por cumplir los 15 años, y su familia no podía hacerle la fiesta de 15. Entonces, Pocho los ayudó para que ella pudiera tener su agasajo en un salón del barrio. Me mostró una foto”, cuenta Celeste, conmovida por seguir encontrando historias 20 años después.

Violeta tiene siete años. Para su fiesta de cumpleaños, pidió que pasaran “El ángel de la bicicleta”. Le llamó la atención, preguntó de qué se trataba. Luz, la mamá, trabaja con Milton Halsouet, otro de los pibes que quedó marcado por la experiencia con Pocho. Participaba de “Los Vaguitos”, uno de los siete grupos de adolescentes que impulsaba Pocho. Violeta quiere conocerlo, lo invitó a merendar. “Pocho tiene ese poder. Para mí tiene ese poder, no es que lo tuvo. Cuando uno dice eso de que lo multiplicaron, es la vida misma. Para nosotros sigue estando vivo, más allá de que lo extrañamos un montón. Está en Violeta, que es una niña de 7 años, que se pregunta qué era lo que hacía Pocho. Él nos preguntaba a nosotros, cuando nos invitaba a una actividad ¿cómo vamos? ¿quiénes vamos? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿De qué manera? Nos invitaba a hacer, eso es Pocho. No fue, sigue siendo”, se emocionó Mauro.